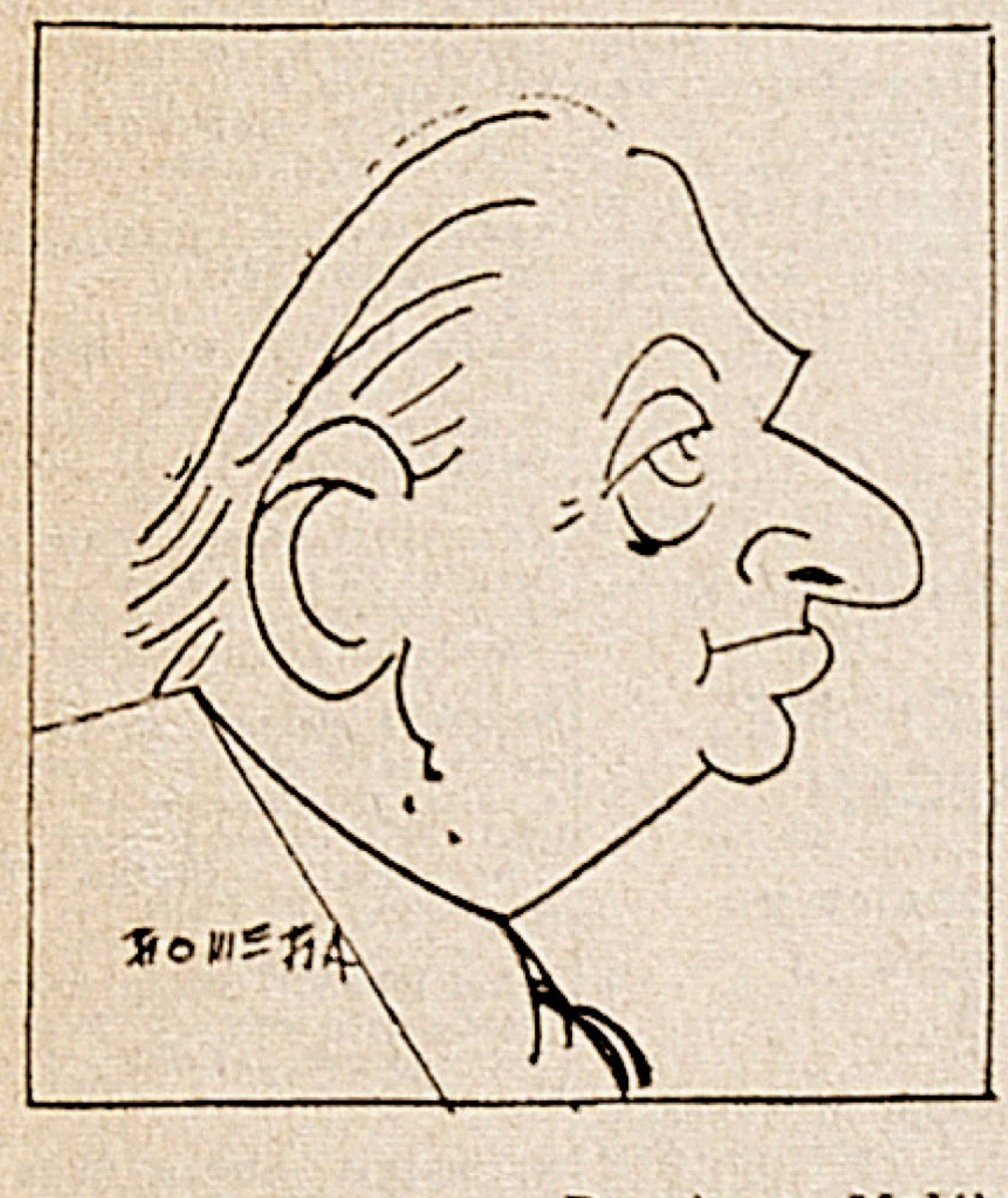
Una Glosa Para Domingo Melfi

FILEBO ha dicho en una de sus crónicas de "Ercilla" que prepara un ensayo sobre Domingo Melfi.

La iniciativa regocija a quienes fueron amigos del escritor. Lo dará a conocer a las nuevas generaciones y acaso lo coloque en el lugar de jerarquía que le corresponde y dé vigencia a una obra injustamente olvidada.

Silva Castro se refiere muy tangencialmente a Melfi en ese centón de nombres que es el "Panorama Literario de Chile". Cita sólo dos libros en la siguiente e imperfecta manera: "De Melfi existe una bibliografía concreta en los siguientes títulos: 'Estudios de Literatura Chilena' (1938), 'El viaje literario' (1945), etc." Como se ve es un "etc." poco concreto, sobre todo si tenemos en cuenta que los volúmenes dados a las prensas desde el lejano "Portales" (1930) hasta "Tiempos de tormenta" (1945) fueron doce.

El caso de Melfi es singular y paradójico. Nació en Italia y sin embargo, ha sido el ensayista chileno de prosa más decantada, sin trasparente y más plena de garbo de su generación. Y conste que en el tiempo en que le tocó vivir existió un grupo de escritores que hicieron de su oficio la tarea más decorosa y la de mayor jerarquía. Melfi se halla en la cima de esa ola generacional como si fuera un símbolo de ella. Nace en 1890. Al lado de acá se encuentran Alone (1891), González Vera (1897), Salvador Reyes (1899), Benjamín Subercaseaux (1902) Latcham (1903). En la otra vertiente D'Halmar (1880), quien además de novelista fue ensayista, Ernesto Montenegro y Alfonso Bulnes (ambos de 1885), Latorre (1886), Edwards Bello (1887), uno de los más vigorosos ensayistas de Chile, y Manuel Vega (1889).



Domingo Melfi

Fue una pléyade no sólo de ensayistas y de profesores. Debatieron también en la prensa los espinudos problemas que comenzaban a mostrar su inquietante rostro. En el título del ensayo de Melfi "Tiempos de tormenta" adivinamos el síntoma que los escritores contemporáneos del crítico supieron intuir.

No fue una generación de novelistas puros. Tal vez lo fueran Barrios y Prado. Pero Melfi y su grupo estaban situados conflictivamente en el mundo. Eran indagadores de la realidad.

Mirada la condición estilística de esos escritores desde el sesgo que toma la prosa de quienes buscan la autenticidad social en nuestros días vemos que en aquella primera pléyade se producía una aparente paradoja. Hicieron posible una especie de contradicción: tratar los feos asuntos de unos días que empezaban a incrementar sus asperezas conflictivas con una prosa bella y artística. El "engagement" de Melfi se hallaba en su conceptuación de los problemas y no en el estilo. Estaba en el contenido y no en la forma.

Tocó con fugacidad el tema en uno de los más bellos libros de ensayos que se han escrito en nuestra patria. "El viaje literario" es una obra de crítica, pero también de escrutación de las profundas galerías espirituales por las que vaga la doble naturaleza sutil del escritor. Cuando se estructura el pensamiento se produce como un desdoblamiento del hombre, pero dicho pensamiento no se separa nunca de la materia (forma). Al contrario, está como sosteniéndola, como infundiéndole la palpitación vital. Esa penetración en las cosas, en su misterio, la vemos en el fascinante ensayo que Melfi le dedicó a don Juan Agustín Barriga. Estas hermosas páginas (no más de siete) comienzan con un hecho trivial. Desde el balcón de su dormitorio, Melfi veía llegar en las primeras horas del día al templo de San Ignacio a un hombre anciano "cuya exigüidad física me sobrecogía y que me hacía pensar en la triste fugacidad de la vida".

Esa lamentable decadencia vital no la sufrió nuestro gran crítico. Domingo Melfi murió en pleno goce de su vida y de su capacidad pensante. Se nos fue un luminoso y claro día de la primavera santiaguina en una casita riente, llena de flores, situada en una calle que salía a Providencia (Santiago). El escritor tenía cincuenta y seis años. Corría 1946. El mundo se curaba de las heridas de la guerra. Ese año había lanzado Melfi sus dos últimos libros. En uno de ellos recogió las impresiones recientes de un viaje a USA. Recuerdo aún su entusiasmo cuando me hablaba de una visita al Museo de Arte Moderno de Nueva York del cual me trajo el catálogo que conservo con sus notas manuscritas.

Melfi había nacido en Melfi, pueblecito de la áspera Basilicata. Vino a Chile en brazos de su madre. Cuando lo conocí tenía cincuenta años. Debía medir un metro 67 y tenía un aire un poco imperial. Su manera de pasarse la mano por la cabellera rubia era su gesto más característico. No había en él nada del italiano meridional. Cuando se lo dije me agregó que tenía un abuelo veneciano. Luis Durand que lo conoció bien y formó parte del grupo, lo retrata en sus memorias: "Melfi era un compañero encantador para viajar con él. Cordial, afectuoso, siempre trataba de estar dentro de un plano de ecuanimidad amistosa."

Exacto. Era así. Y además, muy enterado del mundo literario. Fue crítico de "La Nación", en donde escribió con los seudónimos de "Julián Sorel" y "Marcos". A Concepción viajó a menudo para dar conferencias. Fue director de "Atenea" por largos años.

Antonio R. Romera.